

más subconscientes y mal concebidas que sean) que estos pasos implican.

En vista de este tipo de problemas, algunos teóricos han adoptado el lenguaje neutral de la lógica, pues como Bertrand Russell explica en su libro *Our knowledge of the external world*:

"La verdadera función de la lógica... cuando es aplicada a cuestiones de experiencia... es analítica más que constructiva; vista *a priori*, nos muestra más frecuentemente la posibilidad de alternativas hasta ahora insospechadas, que la imposibilidad de alternativas que *prima facie* parecieran posibles. Así, mientras que libera la imaginación en cuanto a lo que el mundo *puede* ser, a la vez se rehúsa a legislar en cuanto a lo que el mundo *debe* ser."

Claro está que el lenguaje de la lógica no es la única solución, pues aun en la filosofía es todavía posible desenmarañar problemas difíciles usando un lenguaje crítico y cauteloso sin necesidad de recurrir a la simbología de la lógica. Pero es bueno estar prevenidos y darnos cuenta de que desembarazar a nuestras descripciones de todo contenido dogmático no es una tarea fácil y que en esta materia todos somos de lento aprendizaje.

La parte creativa comienza después de haber sobrepasado todos estos obstáculos; ahora el trabajo se vuelve más interesante aunque también más difícil. Es aquí donde tenemos que revisar microscópicamente y con sangre fría todas las teorías que usamos para captar objetos musicales (¿Cómo es que este acorde de Do mayor es una disonancia? ¿Cómo organizo esta información para entender el pasaje en La bemo?) En el transcurso de este escudriñamiento encontraremos algunas de nuestras teorías insuficientemente claras; otras las encontraremos poco congruentes; y muchas aparecerán dudosamente fundadas. Así, tomando concepto por concepto y teoría por teoría, podremos ir creando un lenguaje musical que sea capaz de expresar tanto nuestras más brillantes ideas como nuestras más grandes confusiones.

Este es, a grandes rasgos, el plan de trabajo que se llevará a cabo en esta sección de la revista. La trayectoria es difícil y el investigador, como el caballero de Dureo, encontrará numerosas trampas en el camino. Pero hay posibilidades de tener éxito siempre y cuando mantengamos las

metas bien definidas. Una vez que veamos claramente lo que percibimos, y sobre la base de lo que ya hemos aprendido a percibir, podremos finalmente visualizar nuevos horizontes musicales; y tal vez algún día podremos pisar firmemente donde ahora, deseosos, sólo soñamos.

Daniel Catán

Libros

Martré: El derrotismo ilustrado

Los símbolos transparentes de Gonzalo Martré es un producto que se disfraza de novela e incurre en el libelo y el reportaje. Además, el autor vuelve a la autobiografía, lanza una irrisoria e hiperbólica crítica de las costumbres, deshoja en el inventario de las corruptelas gerontocráticas, insiste en la afinidad excrementicia de sus compatriotas y, denuncia denunciando, termina por revelar lo que ya creíamos (creer no es saber): que los estudiantes son genuinos, politizados y honestos mientras los soldados, funcionarios públicos y demás policías son sucios, inmorales, transas, compadres del mal gusto y amigos del derroche. A esa combinación de intenciones tejida con intensidades prestadas no le falta su pizca de chauvinismo y su poquitín de xenofobia: el dolido pueblo mexicano, entrón y despren-

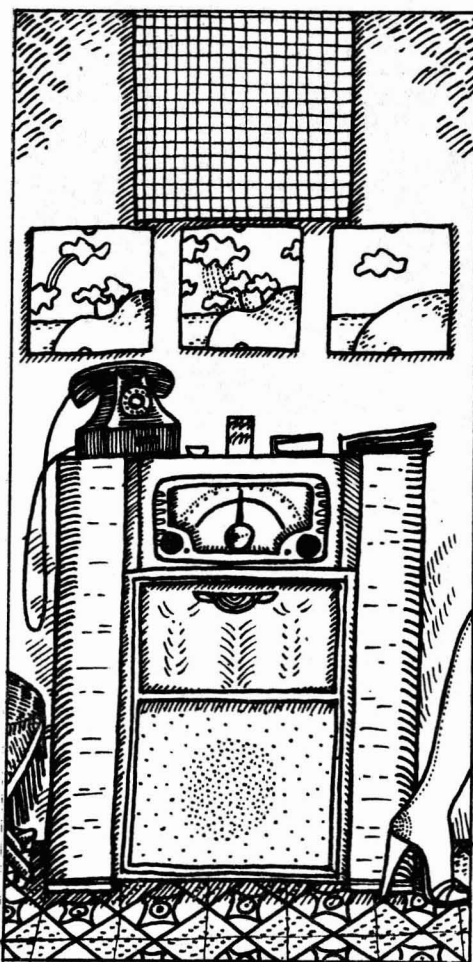
dido, se opone a los tiras gringos y se defiende como puede de la crudeza asalariada de sus secuaces autóctonos. El tema es Tlatelolco y la historia de una brigada que no lo fue durante mucho tiempo. El epígrafe de Octavio Paz en que se ampara este ejercicio de pornografía política imposta algo más que un blasón prestigioso, un saludo o un pasaporte. La pregunta sobre el sentido del filosofar local actualizada por Ortega y Gasset, importada por Gaos, acomplejada por Ramos y culminada por Octavio Paz se degrada representativamente en la última novela de Martré. La cita de *Posdata* explicita un mensaje latente a lo largo de esta doliente herencia de *Los mexicanos pintados por sí mismos*: los nacionales son corruptos, la ciudad capital se ha levantado sobre una laguna de mierda y —dixit Balbuena, añadimos nosotros— proliferan los escribas a tal punto que podría saludarse un estercolero de garrapateos subsidiados en la hermosa república mexicana. La historia anticuaria, la historia como exaltación de las buenas costumbres y diatriba de las otras, vive en Martré un México funesto y piramidal, hipócrita y servil, criminal y escatológico.

En *Los símbolos transparentes* el bárbaro resopla de pasta a pasta. No es ningún personaje. Está injertado en el paroxismo denunciatorio, en la febril e indigesta moral de esa *alma bella* que es el anfitrión-autor. La barbarie de Martré está en su derrotismo ilustrado (ideologizado), en la concepción policiaca de la historia, en su interpretación opresiva del 68 (la generación del trueno: o guerrilleros o drogados), en su visión de la sociedad como el escenario de la purulencia generalizada y, en general, en aquella supersticiosa ética que hace execrables los excesos del poder pero nunca el poder mismo. El método es adecuadamente significativo: una de calamidad y otra de arenga, una de fuerzas vivas reprimidas y otra de crapulosos reventones oligarcas. Aquí, como en Irma Serrano o Loret de Mola, la acusación envalentonada del escándalo redundará por la tangente en la legitimación de lo denunciado; y así, todo lo que es ambiguo y múltiple, complejo y matizado escapa a un Gonzalo Martré que es realista, aunque no por elección artística sino por inercia y naturaleza, por falta de imaginación. De ahí que para este testimonio seudototal, el 68 no quepa como caldo de cultivo de los actuales sindicatos universitarios independientes: de ahí que sean tan escuetos sus párrafos sobre la cetrería paramilitar; de



ahí que su visión de Tlatelolco apenas añada una imputación más a las glebas sorprendidas en flagrante delito de obediencia.

El fetiche de los simulacros documentales ha impedido que este individuo se convierta en un verdadero novelista. Y es que, en cierto sentido, nos sucede a todos nosotros lo que a los galos con Alesia: todos sabemos dónde está pero nadie quisiera nombrarla. Nuestra Alesia se llama conformismo y buena conciencia: es la tierra de nadie que nos permite ser espíritus intransigentemente libres y, al mismo tiempo, prestar nuestros servicios en una institución. Los ejemplos son chocantes y no hay que ir a buscarlos más allá de cualquiera de los dos lados de esta misma página. También pueden buscarse al azar, en todas las ocasiones en que el autor de *Los símbolos transparentes* quisiera hacer pasar por suyos inadvertidamente tantos y tantos lugares comunes que ahuman a diario las mesas de café. El pupilete extremista propone aquí por medio de sus personajes salidas que no lo son del todo. ¿Cuáles opciones podrían sortearse entre los "derrotados" de 1968? Todas conviven en el abanico de la diáspora: los sobrevivientes sólo podrán ser juniors, drogadictos o guerrilleros, de la misma manera unidimensional en que antes sólo podían ser héroes, de la misma manera en que la solidaridad sólo es posible entre quienes comparten el fracaso o la represión. Martré factura lo que es histórico como si fuera natural: cuando oye realidad piensa en vomitar. El realismo es aquí un cuento de la página roja, una filosofía de prefecto en cuyo horizonte el sol de la decendencia y la moralina del buen partido no se ponen nunca. La filantropía regañona es la otra cara de la inhibición de la imaginación creadora ante un poder que exige ser descrito y denunciado en sus propios términos: es la corrupción lo pernicioso, no el poder; es censurable el reventón orgiástico pero no la familia; detestable el PRI pero no el chauvinismo. . . La eventual, siempre comprobable ineficacia de *Los símbolos transparentes* proviene enteramente de ahí. Está en el arraigado ademán con que el autor comparte y hace suyas las versiones y diversiones oficiales de México sobre México. A ese saldo de incompetencia teórica e imaginativa se podría añadir otro pasivo: la idea de que una novela sobre el 68 debe ser un fresco histórico (Barbarie vs. Barbarie), un buceo en la escafandra nacional y un altisonante alegato contra la corrupción del



Estado, donde 68 termina siendo causado por la resaca pasional de unos cuantos poderosos y la apofonía ritual de la cruda esencia mexicana.

Tanto quiere persuadir y acusar, tanto le gustan los adjetivos a este pornógrafo de la violencia que antepone las intenciones a las intensidades, las respuestas a las preguntas, las comodidades intelectuales y los logotipos políticos a las incertidumbres y derivas de lo real mismo. ¿Los consumidores de comics tendrán que esperar otro infierno narrativo sobre el 68? Mientras tanto cada uno inventa desde siempre otro texto para saber qué significó y qué fue posible, por qué, cómo jueces partes y culpables supieron preparar su advenimiento y de qué modo hubo y no victoria en la V, resignación en la tortura, culpa en la derrota e impunidad en el crimen.

Adolfo Castañón

Carlos Fuentes: las cabezas de lo híbrido

De entre los géneros literarios, aquellos conocidos como "policiacos" o de "suspense" y tenidos como menores, son los más engañosos; llenos ya de convenciones firmemente arraigadas tanto en el desarrollo de sus argumentos como incluso en el uso del lenguaje y la sintaxis, son, también, muy propicios a la experimentación y la proposición de ideas que pueden ser hasta subversivas pero que aquí se disfrazan con el artificio de "reflejar una sociedad corrupta y criminal". Al menos, eso se ha dado en autores como Hammett, Chandler y James M. Cain, acaso los escritores más capaces de poner en entredicho una buena cantidad de instituciones norteamericanas a través de sus novelas.

En la literatura latinoamericana (y muy concretamente en la mexicana) los escasos y muy conocidos ejemplos de novelas de suspense se han refugiado siempre en el homenaje o el saqueo de los hallazgos de los escritores norteamericanos (y algunos ingleses como Greene, Agatha Christie o Ian Fleming). A veces los resultados pueden ser entusiasmantes, como *Triste, solitario y final* del argentino Osvaldo Soriano y, *Ensayo de un crimen* de Usigli, pero también se corre el riesgo del hibridismo, la ambición fallida, los objetivos desdibujados o perdidos entre alardes técnicos o de mimetismo cultural. Este es el caso de la más reciente novela de Carlos Fuentes, *La cabeza de la hidra*. *

La novela evidencia la preocupante situación de su autor, que alguna vez se consideró el mejor escritor mexicano vivo después de Rulfo y Revueltas (cuando éste vivía). Ahora entrega textos que compendian y repiten una enorme cantidad de tics culturales previsibles (personajes tomados de Faulkner hablando como Octavio Paz), números de mitificación de la realidad ya muy vistos y vituperados, grandes temas que no resisten el análisis más superficial y personajes que sólo funcionan como símbolos no muy claros. Para que el enfrentamiento entre el jefe del Departamento de Análisis de Precios de la Secretaría de Fomento Industrial, Félix Maldonado, y esa hidra de árabes, israelitas y mexicanos que anhelan traficar con el petróleo nacional